

La Mosca Blanca



Ramon Padró.

ANUNCIOS

Champagne legítimo de S.^t Hilaire (Francia)

À 4 PESETAS BOTELLA

OSTRAS DE SANTANDER À 8 PESETAS EL CIENTO

COLMADO DEL CRÉDITO: PASAJE DEL CRÉDITO, 5

ESTABLECIMIENTO

DE

Aguas Azoadas

Inhalaciones, pulverizaciones

PELAYO, 2

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN

DE

MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los miércoles de "La Mosca"

Porque, bien pensado, no ha de ser menos LA MOSCA que las de Corrusquillo ó las de Gómez; descendiendo, como descende, de una familia que vuela desde los tiempos de Adán, bien ha podido tener entre sus antecesores algún moscón aristócrata, ni más ni menos que cualquiera D.ª Robustiana con vistas á los huéspedes, y así, ya puede, echando humos de aristócrata, abrir sus salones (para lo cual tampoco le hacían falta esos humos) y con toda la galantería de que sea capaz un ultramarino retirado, ofrecerlos á Vdes., invitándoles á que los miércoles nos honren viniendo á charlar un rato con nosotros, en lo cual, sin modestia de ultramarino siquiera, recibiremos un favor señaladísimo... sin contar los 15 céntimos de la visita!...

Den Vdes. pues, por abiertos los salones y las presentaciones por hechas; si vienen Vdes. les enteraremos de todas las cosas que pasan por esos mundos de Cánovas (que pasan más que monedas falsas), les contaremos lo que se guisa en ese bodegón de la política, donde siempre se guisa mal á juzgar por el olor, y hasta les diremos, cuando lo sepamos, de qué pie cojea el Banco, que por sus salidas de pata de idem debe cojear de las cuatro...

Quisiera también, para darle caracter á la reunión, y para que resultara más entretenida, hablar mal de todo el mundo, méterme en todas las vidas y picotear en todas las honras, pero...

¡No sé si sabré hacer los honores!...

**

¡Cosi va il mondo!—como dicen los italianos.

Es cosa de no leer los periódicos ni hablar con nadie, para que no se nos haga un nudo en el corazón.

Cada vez está más amenazada la paz europea; ha aparecido un volcán en el Oceano, cuyas hirvientes entrañas en combustión amenazan la integridad de algunos territorios; los terremotos han causado millares de muertos en el celeste imperio, cambiando de tal modo su terreno que de la noche á la mañana se ha encontrado algún mandarín habitando un *criadero* de perros chinos destinados á la nutrición de estómagos idem, idem, mientras los guardianes de los canes, por efecto del corrimiento, se enseñorean en las suntuosas moradas de aquellos, construidas con magníficas cañas bambú y palos de té y abanicos japoneses. Un

día sí y otro también tenemos conocimiento de la subida de los comestibles, de la baja de los créditos, del extravío de fondos, etc., etc.

¡Vaya, que no podemos vivir así!

El ó la fin del mundo se aproxima.

Yo lo siento. Porque sé de algunos jóvenes que tienen impermeables y otras prendas por estrenar, y serán tan desgraciados si se mueren antes de estrenarlas...

**

De los accidentes ferroviarios no hay que hablar; estamos ya tan acostumbrados á ellos, que decimos al levantarnos del lecho, haciendo cálculos con los dedos:

—El descarrilamiento de hoy corresponde á tal línea.

Y efectivamente, después nos enteramos de que hemos acertado.

Solamente, que además del suceso que esperábamos, se ha hundido un puente en otro sitio y los señores ladrones nos han hecho la caridad de transportar gratis á una prendería un kilómetro de vía que se estaba pudriendo de vieja.

La prensa ministerial nos consuela de tales accidentes.

Porque—dice ella—no debe culparse de ellos á las empresas ferrocarrileras. Lo que ocurre es porque está de Dios que ha de suceder. Además ¿no son frecuentes semejantes desgracias en el extranjero?

Tiene razón. ¿A qué quejarnos?

Si en Francia, Inglaterra y Alemania ocurre lo propio, no hay más remedio que callar.

Hoy lo extranjero está aquí de moda.

¿No lo traducimos todo?

Pues es lo que pasa en este caso.

Nuestros descarrilamientos son traducidos... del francés.

Ó del volapuk, que fué lástima que no llegara á ser el lenguaje universal, pero que lo será en cuanto lo declaren el idioma oficial de los choques.

**

¡Horror! ¿Oyen ustedes?

En este momento llegan hasta mí las voces de los vendedores de periódicos, que anuncian la lista del nuevo ministerio, pronunciando unos cuantos nombres de personas á quienes nadie conoce!...

Perdónenme que les deje sin acabar de hacer los honores de la casa, pero la ansiedad me devora....

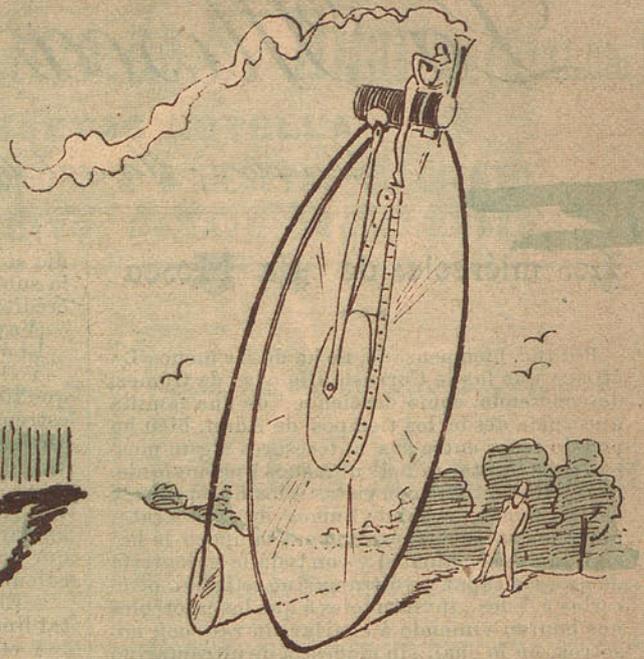
Voy á ver si me han hecho ministro.

MARIO.

ADELANTOS SIGLO XX, por Lago



La telefonía.
(véase el último.)



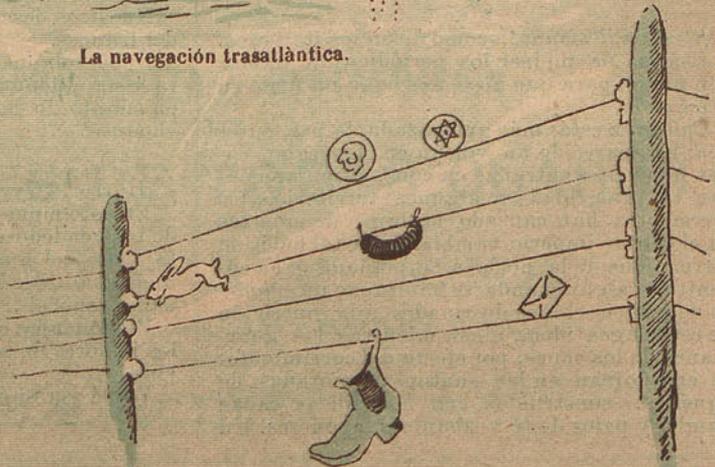
El ferro-viciclo Altomira.



La navegación trasatlántica.

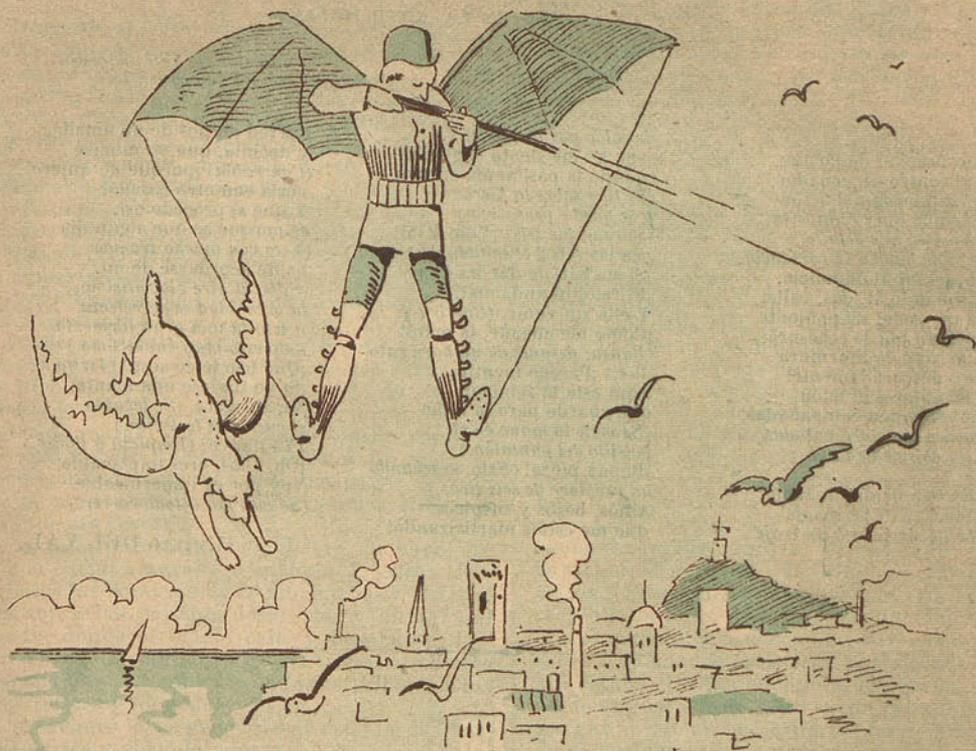


Iluminación personal.

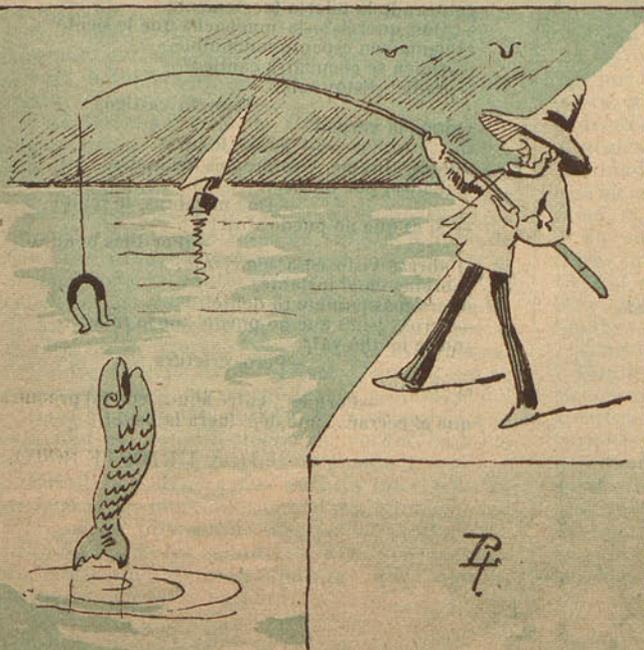


Biblioteca Nacional de España. Telegrafía postal.

ADELANTOS SIGLO XX, por Lago



Caza aérea



Pesca magnética.



La telefonía.
(véase el primero.)

La sin razón del delito

Ó UN CRIMEN EN LA EDAD MEDIA

*Fragmento de una tragedia
que escribí de pequito.*

Decoración de jardín;
en el centro un cenador;
à la izquierda del actor
un banco muy chiquitín.
*(Fijense en este detalle
que tiene mucha importancia.)*
Abules en abundancia,
y formando al foro, calle.
Los rayos del sol poniente
penetran por la espesura:
un arroyuelo murmura
pero descaradamente!
Al levantarse el telón
se oyen cinco campanadas.
*(Pueden ser cinco patadas
en un chisme de latón.)*

Escena primera, Juan
al foro. *(Este personaje
debe llevar puesto un traje*

de color pardo... bazán.)
—Sí, sí, me siento explosivo
cuando la pasión me enerva,
*(Se tira sobre la hierba
y se queda pensativo.)*
(Suenan las seis.) ¡Voto á tal!
¿Ya las seis? *(Pegando un brinco.)*
¡Si acaban de dar las cinco!
¡El relojito anda mal!
Y ella sin venir. *(Con ira.)*
¡Como me engañe, la mato!
*(Pausa: después de un buen rato
dice.)* ¡Parece mentira!
Aquí está la solución
que guardo para la infiel.
*(Se mete la mano en el
bolsillo del pantalón.)*
¡Buena pieza! *(Esto, enseñando
un revólver de seis tiros.)*
Adiós, besos y suspiros,
que me estáis martirizando!

Corred en pos de mi amada,
y decidla, que yo muero
(Con rabia) ¡porque no quiero
verla con otro casada!
Y que si procedo así,
es porque sé que algún día
(Esto con mucha ironía)
ha de acordarse de mi.
*(Silba el aire violentísimo,
la oscuridad se acrecienta
y estalla una gran tormenta;
todo esto muy rapidísimo)*
¡Qué frío hace aquí! *(Tirita.)*
¡Si yo tuviese una manta!
Me abrigaré. *(Se levanta
el cuello de la levita.)*
¿Ya llueve? *(Empieza á llover.)*
¡Oh, Dios, eres implacable!
Voy por el impermeable.
(Se marcha á todo correr.)

EMILIO DEL VAL.

La Inocencia Campestre.

Manuela, una muchacha
robusta, fresca, alegre y vivaracha,
traía trastornados
á solteros, casados
y viudos de la aldea,
por su aspecto de Venus Citera.
Sus padres ya tenían decidido
casarla con el hijo del alcalde,
excelente partido;
mas, expresaban su deseo en balde,
pues Manuela, ocultándose de todos,
(valiéndose de mil diversos modos),
hablaba con un joven campesino,
que no era del agrado
del padre de Manuela,
y aunque los dos obraban con cautela,
al fin, un día vino
en que el buen hombre se quedó *escamado*.
Para ver si es verdad lo que sospecha,
á los culpables sin cesar acecha;
y un día, con espanto verdadero,
¡ve á los dos ocultarse en el granero!
Coge el padre un garrote,
con la intención no santa
de hacer pagar á cada cual su escote,

y así armado, al granero se adelanta.
—¡Abrid!—les grita con su voz terrible,
golpeando la puerta fuertemente.
—¿Qué queréis?—la muchacha que le siente
exclama con espanto indefinible.
—¿Quién se encuentra contigo?
—¡Nadie! ¡Estoy sola!
—¡Teme tu castigo,
y dime la verdad!
—¡Nadie, lo juro!
—Pues, ábreme, y saldremos del apuro.
—¡Padre, por Dios!
—¡Que me abras, te repito!
—¡Si es que no puedo abrir!
—¡Por Dios bendito!
¿Habrás visto cosa semejante?
¡Ábreme en el instante,
ó será más punible tu delito!
—Pero... ¡si es que no puedo! ¿no lo sabe?
¿no se lo dije ya?
—Pero, criatura,
¿por qué?
—Porque... entré aquí... con tal premura...
que al cerrar... ¡me dejé fuera la llave!

JUAN URIOSTE SOTO.

CLASE DEL NATURAL

Durante el interminable día estival había caído sobre el tejadillo de la buhardilla fuego bastante para fundir las tejas tapizadas de muérdago. En mangas de camisa, con la cabeza flaca y mal peinada sobre el pecho, el brazo parálitico caído a lo largo, estaba el gran artista hambriento, mirando no sé qué negras cosas allá dentro de sí mismo, y frente de él, sentada en el suelo a la manera turca; con los brazos cruzados, le miraba su hija. Se había resuelto el problema: ni habían comido ni sabían si comerían más, á pesar de todas las colectividades humanitarias que buscan caritativamente al desheredado.

Subía de la calle, allá muy hondo, el rumor de la capital que se agitaba en busca del átomo de aire fresco de los paseos, ruido de coches, voces de chicos, pregones de periódicos, cascajeo de reatas, y á ráfagas el fonillo rasgado de una murga que musiquaba á un tendero; todo confuso, variando de dominante á cada paso, con la indecisión de un primer ensayo á grande orquesta.

La vela, puesta en el candelero de barro sobre el suelo, alargaba y encogía á saltos desiguales las sombras de la muchacha y del padre sobre las paredes desnudas, y enviaba al fondo, donde el tejado caía y besaba el piso, chispazos moribundos. Por el tragaluz abierto miraba ella el temblor de las estrellas con los ojos tristes y húmedos.

Se levantó la virgen, besó al viejo en las barbas grises y abrió la puerta.

—Voy á buscar dinero, dijo.

Antes de irse la miró el padre. ¿A buscar dinero? ¿Dónde había dinero? ¿Quién lo daba? ¿Todo menos pedir limosna! Nó, limosna nó... Echó la virgen escalera abajo, aquella escalera inacabable que costaba al viejo tremendos ahogos, y salió á la calle. Llevaba en el rostro, chupado por el hambre, algo parecido á la resolución definitiva de llevarle pan al viejo á toda costa.

Fué derecha á casa de Correcto Ropajes, el mejor discípulo del artista hambriento, que tenía allá cerca del Hipódromo un estudio lleno de preciosidades, visitado todos los jueves por ingleses pasajeros, que se llevaban los cuadros de med' o metro que Ropajes vendía á peso de libra esterlina. Entró la virgen miseria en el estudio toda vibrante por la carrera dada. No estaba el gran Ropajes, pero hervía el estudio de los discípulos en luz y ruido que salía por la rendija de la puerta. Estaba allí la nidada trabajadora, la generación artística que Ropajes empollaba con las enseñanzas recibidas del artista hambriento, docena de muchachos que sudaban en aquella noche de verano bajo los reflectores de los quinqués de petróleo.

Estallaban dentro del estudio las risotadas de la falange mezcladas con el repiqueteo de los mangos de pincel que tocaban el tambor sobre los pies de los caballetes, y de vez en cuando, como una opinión unánime, que tomaba expresión en estas palabras:

—No viene ya...

La nidada esperaba á Tarsila, la andariega Venus del estudio de Ropajes, toda curva suavísima y color de carne palpitante, alarde de purísima línea y sabrosa morbidez, *montón de carne lasciva sobre un espíritu muerto*... Se habría quedado en cualquier rincón con aquel tarifé que la acompañaba, olvidada del arte, cultivando con el *Alicates* el amor del arroyo, mientras la nidada la esperaba sudando para terminar el estudio.

Salieron dos ó tres al oír la voz del portero. No era la Tarsila, pero era otra que preguntaba por Correcto Ropajes. ¿Para qué? ¡Ah, sí! Tú vienes para sustituir á Tarsila. ¿No es eso? Nó, de ningún modo; ya sabía la virgen hambrienta quién era Tarsila. Salió toda la nidada luego y se echó ella más aún el pañuelo sobre la cara. Uno de los del corro dijo que el portero tenía las seis pesetas de Tarsila.

—¿Las quieres tú? Pues anda, entra.

Entró... Se quedó deslumbrada delante de la fila de quinqués y del reflector de gas colgado del techo que proyectaba el foco de luz sobre el tabladillo que debía haber ocupado la Tarsila. Uno la empujó detrás del biombo que no utilizaba ya la Venus del *Alicates*, porque estaba hecha á aquellos perfiles. Detrás de la tela oyó la virgen el mosconeo de la nidada que colocaba los lienzos en los caballetes, el estallido, parecido á un beso, de los labios que chupaban el pincel mojado, y la discusión de los muchachos sobre trapisondas artísticas, tan agenos de que allí estaba ella tan encogida, temblona, sudando de angustia y de calor y con tal ahogo en la garganta que no podía llorar. La nidada acabó de discutir y se impacientaba. La virgen desabrochó el cuerpo con una energía desesperada, echó á un lado la falda llena de jirones en activo y jirones zurcidos, luego la camisa burda, y salió con las manos sobre los ojos, tropezando en el escalón del tabladillo... La nidada tuvo una sola palabra de reprobación. ¿Dónde estás tú? ¡oh, prodigiosa Tarsila! No servía la virgen en manera alguna; aquellos eran carnes tirantes por el hambre, ángulos afilados por la miseria, palidez trabajada por días sin pan; morbideces maceradas por lecho duro. Volvieron los pinceles á las cajas, los caballetes á la pared y la nidada á la calle, maldiciendo del *Alicates*, que se cuidaba del arte como de la primera camisa, si la tuvo alguna vez.

Ya entonces en el estudio silencioso pudo llorar la virgen. Desde la puerta la miraba vestirse el viejo portero de Ropajes, y cuando acabó y quiso echarse fuera, le puso la mano en el hombro.

—Anda, toma, criatura.

Cogió la muchacha las seis pesetas, que aprató con ansia en la mano, y sin decir nada bajó á escape, salió al solitario paseo y corrió avergonzada, temblando de frío, á pesar del calor de aquella hermosa noche de verano, como si detrás de ella fuese la nidada para rasgar los trapos maltrechos con que se cubría, y mostrar debajo aquella antiartística desnudez, aquellos ángulos chupados y aquella virginidad hambrienta y miserable que no valía seis pesetas.

FEDERICO URRECHA.

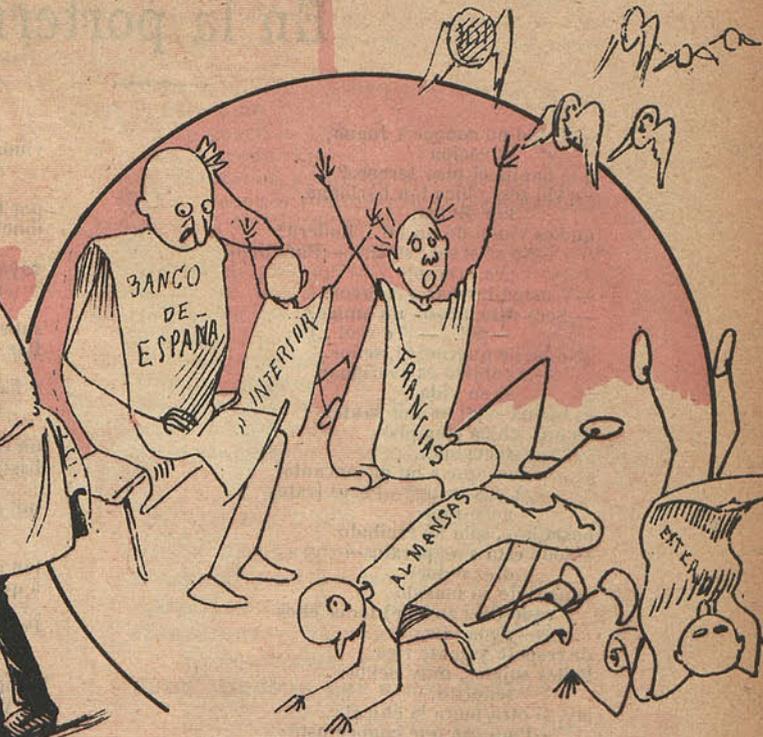
Resista Cómica



Varias fueron las personas que en la noche del 15 pudieron presenciar el eclipse total anunciado y otro parcial sin anunciar.



—Desengáñese Vd., D. Zenón; esto de los eclipses trae mala sombra; y en prueba de ello, mire Vd.; al día siguiente me dieron una peseta falsa.



Y yo no sé si será por este eclipse, pero lo cierto es que los papales se han trastornado mucho.

—¡Anda! ¡si esto parece un mal cromó á tres tintas!—decía un fotógrafo amigo mío.



—¡Pepito! ¿por qué haces aquí arriba?
—Pues... como oí decir á papá que con eso del papel bajo se arruinaba, pensé que poniendo estos cuantos paquetes encima del armario, tal vez se repondría.



En cuanto á teatros poca cosa podré decir á ustedes, como no sea... eso...



En mis tiempos las había mejores. (Y conste que no hablo por mí.)



—¿Y es guapa? ¿es guapa?

—Le digo á usted que ni en nuestros buenos tiempos las habla mejores. ¡Y eso que lo que nosotros no hayamos visto!...



Mot de la fin.—Me complace en notificar á ustedes que al salir yo á la calle, se operó el mayor fenómeno que operarse pueda. Las moscas se van á la miel. ¿eh? Pues esta vez el público se ha venido á La Mosca.

En la portería

—¿Usted no conoce á Juana,
la vecina
que habita el piso tercero?
—¡Ah! ¿esa chica tan barbiana,
tan divina,
que es viuda de un tal... Rodero?
—No sé si es... sí, sí... —¡Pues digo!
—¡Ya lo creo!
—Y usted me haría el favor...
—¿Será usted, acaso, un amigo?...
—¡Sí!... — ¡Te veot!...
—¿No he de querer? Si, señor.
—Mi objeto es averiguar
si su vida
es buena. —¡Si es una santa!
Es una chica ejemplar,
recogida...
y... vamos, que á mí me encanta.
—¿Y sus tratos?—Pocos tratos,
poco roce:
hasta hoy, sólo ha recibido
—todo esto sin aparatos—
diez ó doce
amigos de su marido
(que Dios guarde) todos ellos
de respeto y gente rica...
Bellos sujetos, muy bellos:
señorito,
¡ay, si otra fuera la chica!...
—Pues ¿en qué conoce usted
que esa gente
es tan buena?— En que es muy fina...
y, para acabar, en que,
trancamente,
todos, todos dan propina.
—Tome usted. (Es ingeniosa).
—Gracias; pero
no lo decía por tanto.
—Siga usted. —Se llama Rosa

de Rodero:
viuda; su esposo fué un santo,
según ella, pero el cielo
siempre vela
por los buenos, y ha encontrado
muchos que la den consuelo.
La consuela...
váyase usted enterando...
un señor muy gordo y rico,
que de noche
sube á pasar la velada...
Por las mañanas un chico
viene en coche
y halla la puerta cerrada
si es que el gordo no ha salido...
Luego viene
un coronel retirado,
bastante bien parecido,
que diz tiene
mil cabezas... de ganado.
A las horas de comer
sube un primo
tan guapo como rumboso,
á quien ella debe hacer
mucho mimo...
Por las tardes, un gomoso...
—Portera, por Jesucristo,
ealle usted...
¿Y dice que es tan honrada?
—¡Ya lo creo! Usted no ha visto
otra que
le iguale á ella á recatada.
—¡Vaya un escándalo!—¿Eh?
Sí usted viera
el segundo, el entresuelo...
todos... ¡Y casadas!—¿Qué?
—Que dijera:
«Rosa debe de ir al cielo.»

J. PEÑAFLORES DE GÁLLEGO.

¡DESVENTURAS!

—¿El Sr. Director de la *Matraca*?
—Adelante. ¿Qué se le ofrece á Vd?
—Eseúcheme un momento, amigo mío, y si
de mi situación no se apiada, mande luego me
den trescientos tiros, pues así de una vez po-
dré dar fin á esta enojosa vida.
—Hable Vd.
—Yo era hijo de una familia regularmente
acomodada y tenía lo bastante para mí y para
cualquier mujer con la que en santa paz, allá
en mi pueblo, pudiera haberme unido; pero mi
padre se empeñó en que emprendiera una ca-
rrera y...
—Y se sofocaría Vd. mucho?
—Nó, quiero decir que me mandó á Barcelo-
na á que estudiara, y vamos...
—¿Á donde?
—Digo, que vamos, mientras fui estudiante,

no lo pasé tan mal; nunca me faltaban cuartos.
—¿Era grande la casa?
—Dinero digo, pero me dió por el juego.
—¿Caramba! ¿quién?
—Yo solo me iba...
—¿Por dónde se iba Vd.?
—Pues por detrás de la Catedral, calle de
Fernando abajo, donde había una casa de ta-
hures. Un día perdí 14 cuartos.
—¿Ruinas de Sagunto!
—Pero yo no me acobardo, y al siguiente
día volví al monte.
—¿Del Tibidabo?
—Nó, al juego; y ¡zás!
—¿Le pegaron á Vd.?
—Nó, pero intentaron darme un sablazo, y
al fin no me lo dieron, porque me llamé *Andana*.
—¿Y ahora cómo se llama usted?
—Justo de Bajo.
—¿Debajo de qué?
—De nada.
—Digo, que cual es el otro apellido.

—¡Ah! Ampollas.
 —Bueno, pues qué es lo que quiere V., señor Ampollas.
 —Pues como le estaba diciendo, me dió por el juego; y este maldito vicio me dominó tanto y me produjo tantos ingleses, que tuve que casarme y cargar con una suegra que tiene muy mal genio, y que por añadidura es tuerta.
 —Eso cae por fuera y no se vé.
 —Dirá usted que esa no ve, aunque cae por fuera.
 —Justo.
 —Mande usted.
 —Digo, que justo y cabal. Pero vamos á ver. ¿Usted qué quiere?
 —Yo necesito una colocación, y como usted es hombre de mundo, de negocios, poeta de primera...
 —Basta de bombo.
 —Precisamente, por eso del bombo necesito la colocación; porque mi esposa está embarazada.
 —¡Santa Ana la asista!
 —Y si no encuentro colocación, todos moriremos de hambre.
 —¡Caramba!
 —De hambre, sí, señor; de hambre.
 —Bueno, y usted ¿qué sabe?
 —Sé que no sé nada.
 —Ya es saber algo.
 —Soy Doctor en Derecho Civil y Canónico.
 —Hombre...
 —Y licenciado en Filosofía y Letras.
 —Y con tanto título ¿no puede usted meter la cabeza en ninguna parte?
 —Hombre: como meter, si...

—Entonces..
 —Pero no saco nada. Mire usted: fui presidente de cierta sociedad y se arruinó! ¡me arruiné! ¡nos arruinamos! Fui presidente de un Casino y *casi* no salgo sano, porque los fondos se fugaron con el tesorero, y me creyeron cómplice.
 Me matriculé en el Colegio de Abogados, y... un *empeño* más.
 Me hice gorrista...
 —Eso le produciría.
 —Sí, desazones, porque no vendí ni una gorra.
 Me hice después sombrerero y entonces todos venían á mi tienda *de gorra*.
 Me encargaron una remesa de paraguas con el 5 por 100 de ganancias y no llovió en cinco meses... y etc. etc. Así es que yo reniego de mi suerte y si Vd. no me coloca ¡pum! y *finis*.
 —Trabajaré por Vd.
 —Y yo se lo agradeceré en el alma.
 —Conque, su gracia es....
 —Mi desgracia Justo de Bajo.
 Tome Vd. mi tarjeta.
 La tarjeta estaba concebida en estos términos:

JUSTO DE BAJO Y AMPOLLAS,
 DOCTOR EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,
 LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS,
 ABOGADO DE ESTE ILUSTRE COLEGIO,
 EXPRESIDENTE DE VARIAS SOCIEDADES
 ETC., ETC.
¡Una limosna por amor de Dios!

EMETERIO GALLO.

Es peor el remedio...

Tenia D. Pio Aguado, hombre de avanzada edad, la particularidad de encontrarse siempre helado. Aunque usaba un rico terno y capa, el buen de don Pio lo mismo sentía frío en verano que en invierno. ¿Un chuveski?... ¡No tenia para él bastante calor!... ¿Un buen brasero?... ¡Peor!... ¿Una estufa?... ¡No servia!... Tiritando iba pasando la mitad de su existencia, y pasaba con frecuencia

la otra mitad..... tiritando. Al ver tal, su esposa Clara, por si se ponía bueno, mandó llamar al Galeno para que le visitara. Y en cuanto le vió el doctor le dijo que, sin rodeos, diera constantes paseos en días de gran calor. Afirmando decidido, que antes de pasar un mes si le hacía caso, estaría restablecido. Abrumado por el tedio, Don Pio no desechó

la tal receta y pensó poner al punto remedio. Y todo el dia pasaba, con paciencia sorprendente, mirando al sol fijamente para ver si se curaba. Con un sol canicular el pobre hombre se freía, pero en su empeño seguía por si lograba curar. Y el Doctor tuvo razón en lo que le dijo; pues antes de llegar el mes... ¡Murió de una insolación!.....

ABRAHAM LIMORTI.

INTIMIDADES, por M. González



—¿Sabéis lo que dicen los abonados?
—Que somos pasables.
—¡Toma!.. eso lo sabe cualquiera.

CABOS SUELTOS, por Meliton González



—Desde mañana nos tomamos las vacaciones y al que
entre, pedrada.
—¿Y si vienen los municipales?
—Les podemos entre todos.

—Dice que á los franceses no les gustan nuestros
vinossss!.. Puesssss.... ¡Vaya una manera de hacer
eses!...



—¿Me tomas el pelo?
—No; me llevo tu peluquín para manguito.

«... y per Don ame nene rrico quetescriba caja de
las dos maneras por no saver cuala es la decente»

Muerte dulce

I.

Llegó á la tapia de la huerta. Estaba tan cerrada la noche y tan sombría, que si Jaime veía era porque en los ojos le brillaba la llama de los celos en que ardía. Y apartando las zarzas con la mano, se encaramó en el muro, con los brazos de hierro de su aliento; ¡be! ¡ano; tan fuertes, que á sus cálidos abrazos se fundían las zarzas y la hiedra, y todavía yo no estoy seguro de si fué sangre de él ó de la piedra la sangre aquella que quedó en el muro. Y al ver la luz en la ventana abierta de la casa escondida entre el follaje, cuando pisó la huerta, hubiera dado su mirada incierta envidia á la ira de un león salvaje. —¡A ver! ¿Traigo el puñal?...—y sonriendo llevó á sus labios un puñal, diciendo: —¡Qué feliz voy á ser! ¡Al fin, ingrata, voy á llenarte el corazón de besos!... Y dió un rugido de amargura, de esos que sólo el aire del rugido mata.

II.

Conteniendo el aliento, se fué Jaime acercando poco á poco á un olmo gigantesco que crecía cuando casi á la ventana aquella, en que una luz ardía triste como una moribunda estrella. Se abrazó al duro tronco, y agilmente,

las ramas altas con destreza asiendo, fué subiendo, subiendo, hasta llegar de la ventana enfrente.

Allí estaba... Escondida la cabeza en la suelta cabellera de luz de aurora matinal teñida; mal envuelta en las sábanas del lecho de nieve, los redondos brazos fuera, y fuera el blanco y sonrosado pecho, parecía, dormida y tan hermosa, la ilusión de un amor dulce, soñado, viendo un capullo de color de rosa sobre el ala de un cisne reclinado.

Jaime tembló; se le subió á la frente la ola inmensa de un fuego que abrasaba, y hasta le pareció que iluminaba su mirada de fuego incandescente el cuerpo aquel que mudo contemplaba. ¡Pero qué! ¿No se habla el prometido, por su madre jurándolo aquel día, que antes de que otro fuera su marido, aunque era matarse él, la mataría? ¡Sí! ¡Sí!... Besó el puñal dando un rugido, hizo luego un esfuerzo soberano, y á la ventana al fin tendió la mano.

III.

Empezaba á rayar el nuevo día. Jaime se descolgó de la ventana al tiempo que la aurora aparecía envuelta en nubes de topacio y grana. Y una voz débil de mujer decía desde arriba muy quedo al poco rato, con un acento lleno de alegría: «¿Cuándo me vuelves á matar, ingrato?»

MARCIAL DE LOS RIOS.

Cantares

A unas tierras muy lejanas hemos de ir á vivir solos, en donde no haya más gente que las niñas de tus ojos.

Dí al confesor que te quiero, dile que si no nos casa

no podemos ir al cielo.

Quando esté en el campo santo no reces en mi sepulcro, que sienta mal la oración en los labios del verdugo.

Acércate, cariñito,

que voy á contarte un cuento muy cerquita de tu oído.

No me mires, alma mía, con esos ojos tan grandes; no me mires, no me mires, que me da miedo mirarte.

JOSÉ BRISSA.

Lances de honor

I.

Un tuerto, ingerto en matón,
á un excelente sujeto
muy digno de estimación,
sobre faltarle al respeto
le ha pegado un hofetón.

Aun no ha dicho lo que hará
ese sujeto excelente

y objeto de burla es ya;
pero la cosa es corriente.
¿Qué ha de hacer? Se batirá.

II.

Ya dicen que se ha batido;
ya dicen que le han herido,

y que no se encuentra bien,
ya dicen que ha fallecido...
Requiescat in pace, amén.

Unánime la opinión
execra y maldice al tuerto,
y hace al muerto una ovación;
mas ¿qué va ganando el muerto
con que hoy le den la razón?

PEDRO MARIA BARRER A.

BOTICA

Agradecemos á la prensa las galantes frases
con que ha saludado nuestra aparición y al
público la favorable acogida que nos ha dis-
pensado, perdonando de paso á unos y á otros
las ofensas que tal vez sin querer nos han he-
cho y que no olvidaremos nunca...

¡Cualquiera olvida las ofensas á la mo-
destia!...

Telegramas urgentísimos
recibidos de la corte.
Por el cable... Madrid, tantos,
á tal hora de la noche.
Crisis resuelta; país
salvado. Los nuevos: Lopez
la cartera de Ultramar;
otra cartera D. Roque
Lopez y Sanchez de Perez
que ¡claro! es también otro hombre,
y así otros; cosa parece
sorteo por radiaciones...
y hasta hay con cartera algunos
á quienes todos conocen.
Presidente del Consejo
sigue el mismo: *Lucas Gomez.*

Ustedes no saben lo que es hacer un periód-
co nuevo ¿verdad?

Pues si es así, ojalá no salgan nunca de esa
bendita duda, ni tengan que luchar en los días
de la vida de todas las suegras juntas, con los
inconvenientes con que todo periódico nuevo
tropieza.

Y no lo digo por nada ¿eh? porque en este se-
gundo número, fuera de que no hemos podido
dar la plana al lápiz que teníamos dispuesta y
de dos ó tres cosas que echarán ustedes de me-
nos y aun de más; no nos ha pasado nada.

¡Ni siquiera se ha roto el dibujante la cabeza
dándose de cabezadas contra una piedra de la

litografía que se partió por gala en no sé
cuantas...!

Y... por supuesto: ¡que se rompió mucho an-
tes de que él se diera de cabezadas!...

La policia, siempre al paño, ha dado
por tabernas garitos y figones
una batida al vino adulterado,
digna de agradecer por mil razones.
Claro que, como estamos en España,
trinan los taberneros... ¡mamarrachos!
¡Duro y á ellos! Que siga esa campaña
y... ¡doy mi enhorabuena á los borrachos!

Cada día se inventa un método nuevo para
asar la manteca.

Una vecina de esta capital ha solicitado pa-
tente de invención para una máquina movida á
mano, destinada á espantar y cojer insectos
alados.

De modo que, ya lo saben ustedes.

Cuando les molesten esos alados animalitos,
que mientras nos dan serenata nos ponen el
cuerpo como una criba, no necesitan Vdes. sacar
el revolver ni recurrir á otros extremos para
poderse dormir en paz.

Todo se reduce á cojer una maquina de
esas, colocarla cerquita de la cama, acostarse
y arroparse bien; y con eso y con no dejar de
darle vueltas en toda la noche, ya pueden uste-
des dormir tranquilos.

A menos que los bichos no sean alados, en
cuyo caso tendrán Vds. que usar, si no otra má-
quina con privilegio de invención, movida á
mano, esta receta de un amigo mio cuyo nom-
bre siento no recordar:

Decía aquel amigo:

Cojes la pulga primero;
ata un hilo á cada pata
y enciérrala en un ropero;
avisas al carnicero
y el carnicero la mata.

FRUTA DEL TIEMPO, por *Mecachis*



—¿Qué tienes?—Nada, criatura.
—Te encuentro fría...—Si tal:
pero eso es lo natural:
¡con esta temperatura!

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
» atrasado.	25 »

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO